

Biciclotopía

Cuando te encuentras, digamos, en la estación de ferrocarril de Bruselas, descubres un campo de bicicletas que sólo invita a coger una de ellas y descubrir la ciudad a golpe de pedal. Para que ello tenga lugar sólo podemos esperar un coraje e impulso que ha de llevarse desde el convencimiento de que nuestras ciudades serán saludables sólo si las administraciones lo implementan, en serio. ¡Qué envidia ver cómo en Centroeuropa los vehículos a motor adaptan su velocidad y recursos a los de los ciclistas! Y no supone esto su subdesarrollo porque “van más lentos”. Es decir, no consiste en invertir en esos bici-kilómetros –que darán gran rentabilidad electoral cuando cuenten la de dineros que han invertido en cicloasfaltado-, consiste en apostar por una ciudad donde las prisas no tengan cabida, donde el ritmo lo marquen las personas antes que la máquina. Las prisas son el engaño que nuestras occidentalizadas mentes se imponen so pretexto de criterios de eficacia o productividad. ¿Y el ahorro en ruido? Este es otro de esos grandes descubrimientos de las ciclociudades: el ruido no existe, se puede pasear sin su presión. Aunque el más grande de todos los descubrimientos es el de que no es necesario disponer de un clima tan estupendo como el nuestro para coger la bici: en esa Europa a la que me refiero como modelo a seguir, y que me da una envidia que me retuerce apéndice vermiforme sobre sí mismo, llueve y también hace viento.

Y ahora que llega el verano, el desplazamiento a las playas de Levante o de Poniente hará que redescubramos a las personas que han llegado hasta estas tierras buscando un puesto de trabajo. Para ellos ya haremos medidas políticas de integración que estén amparadas en jornadas bien anunciadas en los medios de comunicación..., todo menos descubrir el arcén –por donde pedalean- como una medida evidente de integración de quienes no viajan en vehículo motorizado más allá del transporte público o el utilitario saturado de personas. La capital andaluza, Sevilla, se presenta en muchos ámbitos como modelo a seguir. En todo caso, se puede plantear como modelo de transición, que no es poco. Tal vez no se pueda aspirar a otra cosa llegado al punto de ciudades que hemos creado. En todo caso, no estaría mal aspirar, al menos, a modelos de convivencia como uno de los que se persiguen para Israel y Palestina en Oriente Medio: dos Estados para un mismo territorio.

Fecha: 17/06/14

Enrique de Amo
Profesor Titular de Análisis Matemático de la UAL